

ÁFRICA EN AMÉRICA LECTURAS Y RELECTURAS HISTÓRICAS

Fabien ADONON*

Conozcámonos unos a otros.

Estamos en 1985 en el Centro Georges Pompidou en París. Cheikh Anta Diop es el invitado para hablar de la importancia de Egipto en las civilizaciones africanas.

La primera advertencia de Cheikh Anta Diop fue, palabras más, palabras menos, la siguiente:

cuando hablo de civilizaciones africanas se trata nada más y nada menos, del conjunto de las civilizaciones del continente africano. Debemos acostumbrarnos a concebir al continente africano en su integralidad, su totalidad, porque, desde hace miles de años, este continente, nos fundió —sin darnos cuenta— en el mismo molde y, por ende, hablar de Egipto, de su proceso de desarrollo en el tiempo, es nunca perder la visión unitaria de sus orígenes.

Es con esta precaución, con esta advertencia, que Cheikh Anta Diop pudo entonces hablar de las condiciones naturales que antecedieron al surgimiento de Egipto; es decir, los procesos de aparición de la humanidad, de hechos luminosos, palpables que, hasta fechas recientes, quedaron en la oscuridad, fuera de la explicación

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

científica. En efecto, hasta fechas relativamente recientes, numerosas eran las teorías que traían desde fuera de África y de todas las regiones del mundo, las poblaciones que civilizaron a África.

Es a partir de los métodos de cronología absoluta cuando se empezó a poner fin a esta anarquía, iluminando los hechos históricos con fechas más precisas, y a ver con claridad en la historia de la humanidad, más allá de los métodos de datación de la estratigrafía, que no son finos ni pertinentes.

Era sacrilegio comparar los hechos de civilización africana con los hechos de civilización de otros continentes.

Con la llegada de los métodos de la radiometría, el continente menos estudiado en el aspecto de la arqueología llamada prehistórica resulta ser la posible cuna de la humanidad.

En los conocimientos actuales estrictamente científicos, paleoantropológicos, el historiador, físico nuclear, químico nuclear, filósofo, egiptólogo, especialista en el carbón 14 de su tiempo, Cheikh Anta Diop, demostró, desde los años cincuenta del siglo XX, la anterioridad histórica y cultural de África en la evolución de la humanidad: los primeros seres humanos de nuestra humanidad aparecieron por primera vez, en todo nuestro planeta, en esta especie de glorieta que forman Kenya, Tanzania, Uganda y Etiopía. Es en esta región de los Grandes Lagos donde apareció el *fenómeno humano*; en este eje Norte-Sur que puede extenderse hasta Sudáfrica.

Claro, Diódoro de Sicilia, historiador griego del primer siglo antes de nuestra era, observó y consignó que muchos de los rasgos culturales de Egipto fueron heredados de Nubia: honrar a los reyes como dioses, como divinidades, la minucia en los rituales mortuorios, el sentido que representan las figuras esculpidas y la escritura, los colegios de sacerdotes, etcétera, conclusión del historiador griego fue que Egipto no era más que una colonia, una comarca, una fracción de la población de Nubia. Dicho de otra manera, Nubia es anterior a Egipto.

¿Pero cuánto tiempo pasó desde esta afirmación de muchos otros antiguos griegos hasta 1871, cuando el célebre naturalista

Charles Darwin emitió la idea según la cual el origen del ser humano se encontraría en África? Idea inaceptable para los especialistas europeos de finales del siglo XIX y principios del XX que imaginaban a sus lejanos ancestros como autóctonos de Europa.

En 1912, uno de estos especialistas europeos, un geólogo británico de nombre Charles Dawson, quería que sus ancestros fuesen ingleses, a tal grado que creó a uno de la nada, uno que enteró y fingió descubrir. Este falso fósil, conocido como el hombre de Piltdown, constituyó, durante más de cincuenta años, el elemento clave en el que se fundamentó la teoría llamada *presapiens* que atribuyó así una ascendencia local británica al hombre moderno europeo. No fue sino hasta 1954 cuando otro científico inglés, K. P. Oakley, descubrió el engaño, la superchería de Charles Dawson, que seguramente no era el único responsable de esta falsificación. Oakley hizo un análisis químico apropiado del fósil y demostró que el cráneo era de un campesino inglés y la mandíbula de un orangután.

En 1954, lo que sería el famosísimo libro, *Nations nègres et culture*, *Naciones negras y cultura*, fue la tesis doctoral de Cheih Anta Diop, para la cual no se pudo reunir en la Sorbona a ningún jurado que permitiera a su autor defender los resultados de sus investigaciones sobre la anterioridad de las civilizaciones negroafricanas.

Es así que de falsificación en falsificación, se llegó a decir que Egipto era un accidente en África y que cuando se habla de Egipto, se está hablando de Oriente. No, Egipto no es oriente, es, nada más y nada menos, África, la negra. El orientalismo es una frustración, una falsificación también, decía Cheikh Anta Diop.

El también autor de *D'antériorité des civilisations nègres*, *Civilización o barbarie* (por ir enumerando las obras antadiorianas), sostuvo tempranamente que la historia es, con la lengua, el componente esencial de la conciencia de los pueblos. Porque el pasado es humano, la historia permite entender otros tiempos, otras épocas, otras culturas, otras mentalidades, otros seres humanos que no son los de nuestro propio horizonte histórico,

cultural inmediato y familiar. El conocimiento histórico es, pues, esencial; goza de prestigio y tiene encanto; por eso es, quizá, que la historia es enseñada a temprana edad en muchas sociedades. Privar a un pueblo del conocimiento de su historia corresponde a un genocidio cultural. Se puede entender, entonces, la importancia que Cheikh Anta Diop otorga al conocimiento histórico de África desde los orígenes humanos, por así restaurar la conciencia histórica africana; ¡porque ninguna escuela africanista occidental puede preocuparse, en el lugar de los africanos, por la buena salud de la conciencia histórica africana!

El deber de memoria es un deber de conciencia. Cheikh Anta Diop es un africano cuya obra y el pensamiento que la sustenta, alcanzaron una dimensión mundial porque abarca con profundidad los problemas culturales que conciernen a toda la humanidad, nuestra humanidad, *una y diversa*. Le debemos el proceso de aparición de la humanidad, su diferenciación y cómo la tierra fue poblada a partir de África.

En cuanto a esto último, hay dos tesis, dos teorías que se enfrentan en el terreno de la antropología física: la teoría policéntrica o poligenética que sostiene que hay un hombre negro, un hombre blanco y un hombre amarillo; que estas razas tienen orígenes diferentes pero que convergen para crear la humanidad actual, o la familia humana. ¡El hecho de que estas tres familias tengan orígenes independientes hace posible la jerarquización racial! He ahí la filosofía en la que se fundamenta la teoría policéntrica. Hay quienes la siguen defendiendo, a pesar de que hoy, la verdad científica es la que predomina. La humanidad no tiene más que un solo origen. Es la tesis monocéntrica, monogenética, que parece triunfar porque los que siguen defendiendo la tesis poligenética ignoran un punto medular de la evolución humana: ignoran, sobre todo, el hecho de que la naturaleza nunca pasa dos veces por el mismo punto en su evolución. Es impensable que la naturaleza haya creado tres veces el mismo espécimen (el hombre negro, el hombre blanco y el hombre amarillo); la naturaleza nunca ha creado dos veces al ratón y dos veces al gato, o

dos veces a la especie humana; la naturaleza, de paso, crea a una especie que se diferencia, evoluciona, desaparece o se desarrolla, se fragmenta, se particulariza según su entorno, pero la naturaleza nunca ha hecho un brinco hacia atrás para crear tres veces al humano. Creó una sola vez al humano y todo parece indicar que lo hizo en África.

El autor de *Física nuclear y cronología absoluta*, siguió con sus investigaciones en Senegal, su país, donde lo apartaron, lo aislaron, de la Universidad de Dakar, que hoy porta su nombre, porque la enseñanza de la historia y de la sociología que tanto anhelaba Cheikh Anta Diop estaba a cargo del colonizador francés que, por supuesto, combatía sus tesis sobre la historia de África, de las migraciones de poblaciones en el mundo, de las posibles relaciones entre África y el mundo americano antes de la llegada de Cristóbal Colón por estas tierras.

Encontramos más tarde la sustentación y defensa directa o indirecta de esta última tesis en historiadores, físicos, bioquímicos, lingüistas, antropólogos, como Pathé Diagne en su libro *Bakary II* (1312) y *Chistophe Colomb* (1492). *À la rencontre de l'Amérique*; como Martin Bernal en *Black Athena. Les Racines afroasiatiques de la civilisation classique*; o como Santiago Genovés a través de los experimentos RA I, RA II, Balsas de Papiro, Balsa Acalli, Balsa Moderna sin proa ni popa, que viajó de Canarias a Barbados en sólo 101 días en 1973 y otras travesías del Atlántico, que Mario Moya Palencia recoge en su libro *Madre África: presencia del África Negra en el México y el Veracruz antiguos*, Jalapa, 2003; e igualmente en el contenido del Coloquio "Afrique Noir et Monde Méditerranéen dans L'Antiquité", celebrado en Dakar del 19 al 24 de enero de 1976.

Los historiadores serios saben que Clío no es una musa fácil; mejor dicho, saben que Clío es una musa muy difícil; tan difícil como deseable y deseada. Por eso es, quizá, que muchas y muchos de sus infortunadas e infortunados suspirantes terminan por convertir la historia en ese mesón español, donde cada quién encuentra lo que trae consigo, diría Joseph Ki-Zerbo.

El mismo Ki-Zerbo se preguntaba cómo era posible considerar fuera de la historia a los primeros seres humanos que han inventado el estar de pie, la posición actual que tenemos, los primeros humanos que han inventado la palabra, el arte, la religión, las primeras herramientas, las primeras casas habitación o residencias humanas. Y para que no quede la menor duda sobre la concepción y la tarea de la historia en África, Ki-Zerbo insiste:

La historia quiere abarcar el río de la evolución humana en amplitud y profundidad; quiere captar todo su contenido, incluso los residuos y las rocas del fondo que explican a menudo las espumas y los remolinos de las corrientes de superficie... los que pretenden ser científicos y consideran la historia como un líquido de laboratorio incoloro, inodoro e insípido, en vez de considerarla como un río viviente, los que, por haber colocado ciertos silogismos uno detrás de otro y apoyados en algunos descubrimientos dispersos, pretenden hablar de ciencia, son ingenuos o mediocres...

En una comunicación mía de hace ya algunos años recordaba, con Dominique Perrot y Roy Prieswerk, lo siguiente:

Poner en duda la veracidad de la afirmación según la cual Cristóbal Colón habría sido el primer navegante de otro mundo en llegar al ahora conocido como continente americano, sería tal vez contrario a la hipótesis habitualmente aceptada por muchos historiadores, si no es que por casi todos ellos...

Si hoy los manuales de historia no relatan más que el cumplimiento de la misión de Colón, sin invalidar la hipótesis del éxito de misiones anteriores, eso obedece, entre muchos otros factores, al hecho de que la historia sólo registra los logros “propios” y no lo que los hombres de otros contextos han realizado. La determinación de lo que puede ser calificado como éxito implica valoraciones, y el historiador tiende naturalmente a subrayar, conciente o inconcientemente, las realizaciones del grupo al que pertenece. Mencionar en los manuales de la llamada his-

toria universal los acontecimientos registrados en el Malí de 1300, parece ser riesgoso; porque el hecho en sí de la partida de una expedición de Malí hacia el Oeste, probaría que, en el Siglo XIV África no era necesariamente un continente “negro, oscuro y misterioso” sino que ahí pasaban cosas interesantes y de gran importancia histórica.

Lectura y relectura histórica abarcan lo que denomino los dos niveles visible o invisiblemente concatenados: el nivel uno, es el de las historias particulares o locales, locales o regionales; historias particulares tan importantes e intensamente vividas; endo historia, historia-refugio, historia fortaleza y barrera que traspasa a menudo, si no es que siempre, los límites de las fronteras impuestas por las invasiones y colonizaciones diversas; aquí, la historia es el cemento cultural que une, de manera a veces insospechada, los elementos dispersos de los pueblos naciones con base en un sentimiento de continuidad histórica vivida por el conjunto de las colectividades.

El segundo nivel, general por ser más lejano en el tiempo y en el espacio, engloba o intenta englobar en una visión unitaria, todos los elementos del mosaico histórico, de tal suerte que cada historia particular es identificada y ubicada en relación a vínculos históricos generales, es decir, con base en vínculos históricos aparentemente lejanos en el tiempo y en el espacio. Este segundo nivel es el nivel de las investigaciones históricas a gran escala y también el nivel de la enseñanza a gran escala; es decir, el nivel capaz de restituir, reevaluar, revivificar y cimentar, dentro de un marco unitario, todos los elementos del mosaico histórico, más allá de las divisiones intra e inter continentales en zonas de influencia. Es, nada más y nada menos, el nivel de búsqueda del sentimiento de unidad histórica.

He ahí, muy brevemente condensados, algunos de los retos que implica *el querer alejarse* de la tendencia generalizada que consiste en situar la llegada de los africanos a esta parte del mundo, a partir del siglo XVI.